

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia yorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores. NÚM. 493.

MURCIA 1.º DE OCTUBRE DE 1899.

La Juventud Literaria

MISA DE REQUIEM

—(02)—

Como saben nuestros lectores, el sábado 23 de los corrientes rindiéndose piadoso tributo á la buena memoria de nuestro inolvidable amigo D. Antonio Dubois Olivares, la Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón, de la que fué Mayordomo Tesorero, celebró solemne misa de requiem con responso.

En el centro del Templo se levantó severo túmulo, rodeado de blasones en grandes candeleros, y sobre aquél se ostentaba la muceta y cinturón de la túnica que con tanta fé y religioso entusiasmo, vistió en la procesión del Lunes Santo, y viste su cadáver en su última morada.

La misa de D. Indalecio Soriano fué cantada por el virtuoso párroco D. Pedro Gonzalez Adalid y oficiada en el coro por buen conjunto de voces, orquesta y órgano.

Al entonarse el responso por el citado Sr. Cura de San Antolín, se distribuyeron hachas á los cofrades que presididos por los señores don Mariano Palarea, D. José Dominguez Sanz y D. José María Ibañez García, ocupaban dos filas de bancos en el centro de la iglesia y otros muchos laterales.

Entre los cofrades vimos entre otros que sentimos olvidar, á los señores D. Angel Guirao y Girada don José García Villalba, D. Joaquín Gonzalez Martínez, D. Antonio Palarea, D. Rosendo Alcázar, D. Ricardo Sanchez Madrigal, D. Antonio Campillo, D. José Antonio Rodriguez, D. Santiago Lopez Chacón, D. Modesto Bellod, D. José Lopez Losa, D. Manuel Albaladejo Illán, D. Jesualdo Piñero, D. Francisco Perez

Fernandez, D. José Visado, D. Santiago Lopez Sanchez, D. Mariano Cánovas, D. José Benavente, D. José Catañ Torres, D. Manuel Benavente Montalvo, D. Adolfo Perez Hidalgo, don Mariano Cánovas, don Joaquín Ortiz, don Antonio Martínez, don Felipe Blanco de Ibañez y otros íntimos de la familia del finado á la que reiteramos la expresión más sentida de pésame, deseándole cristiana resignación para soportar la irreparable desgracia que todos deploramos.

¡Tan solo la religión
al pecho dará la calma!
¡Ese suspiro del alma
que consuela al corazón!



EL SECRETO

«¡Yo no quiero morirme!»
dice la niña,
tendiendo hacia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca...

Un silencio de muerte
la madre guarda...
¡Ay! si hablara, vertiera
la mar de lágrimas!
Besa á su hija,
y aun le fingen sus labios
una sonrisa.

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,
y pegada á su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento,
dícele horrorizada:
—Oye un secreto.

¿Sabes por qué á morirme
le temo tanto?

Porque luego me llevan
toda de blanco
al Cementerio...
Y de verme allí sola
va á darme miedo.

—¡Hija de mis entrañas!
(Grita la madre.)

Dios querrá que me vivas...
y aunque te mate,
descuida, hermosa,
que tú en el Cementerio
no estarás sola.

P. A. DE ALARCON.



EL CAUTIVO

—(02)—

Tengo un gilguero cautivo
en una jaula dorada,
que cuelgo al rayar el día
del marco de mi ventana.

Nunca dió al viento los trinos
con que los jilgueros cantan,
siempre le ví mudo y triste
aletear en su jaula.

Pero hoy ha cruzado el cielo,
cantando, alegre bandada
de aves, que vuelan en busca
del sol ardiente del Africa;

¡Y el prisionero ha dejado
escapar de su garganta
una canción, que parece
hecha con notas de un alma!

¡Corazón, corazón mío,
que en tus soledades callas,
también por mi cielo cruzan
bulliciosas caravanas!...

¡Son brillantes ilusiones
y risueñas esperanzas,
que van cruzando los cielos
á hacer su nido en las almas!

S. GONZALEZ ANAYA.



¡ADIÓS!

—(02)—

Hay un lazo entre los dos,
tan inflexible y tan fuerte,
que siento angustias de muerte
cuando me dices... ¡adiós!

No da esa frase medida
á la ausencia, y me acongoja;
no sé por qué se me antoja
tan triste esa despedida.

Cuando dulce «adiós» me das
la pena en mi pecho crece...
¡Decirte «adiós» me parece
que es no volverte á ver más!

Hallo tu «adiós» tan amargo,
que el alma no la soporta.
¡Para una ausencia tan corta
no fijes plazo tan largo!

Cuando lleno de temor
que me despidas te ruego,
dí, vida mía, «hasta luego»,
ó «hasta ahora», que es mejor.

Y poniendo el mal á raya,
crearé por tu despedida
que he de volver enseguida,
aunque muy lejos me vaya.

Al separarme angustiado,
mi esperanza es el regreso.
¿Pues, á no pensar en eso,
cómo marchar de tu lado?

Tan dulce es volverte á ver,
que se puede soportar
la tristeza de marchar
por el gozo de volver.

Ya mis temores oiste;
conque, al llegar mi partida,
emplea otra despedida
que parezca menos triste.

¡No digas «adiós» jamás,
si algo mi amor te merece,
«¡porque tu adiós me parece»
«que es no volverte á ver más»!

JOSE JACKSON VEYAN.

